

Autor: Abilio Ayuso

MATÍAS

Ilustrador Ronny Bravo



TP

Normalmente, los estúpidos piensan que sus diversiones simples son realmente geniales y que quien no las aprecia es un pobre desdichado.

Hace años pasé las vacaciones en un tranquilo pueblecillo del Pirineo aragonés, fue una estancia sin prisas, sin estrés, sin metas, dejando pasar el tiempo con el "Dolche fer niente".

Allí conocí a un viejecillo vivaracho y simpático, al que la edad no había conseguido borrar la chispa de inteligencia que desprendían sus ojos bonachones.

Pasé tardes espléndidas escuchando las historias y vivencias que me explicaba mientras tomábamos una cerveza, contemplando como caía la tarde y dejándonos envolver por el humo de nuestras pipas.

A pesar de que muchas de esas historias eran realmente apasionantes, sobre todo las del periodo de la guerra que había vivido intensamente, una de las que más me gustó, se refería a su infancia y era verdaderamente sencilla, sin embargo, salvando las distancias, no pude evitar identificarme plenamente con el personaje.

Trataré de relatarla con la mayor fidelidad posible.

RELATO DE MATÍAS

Ocurrió durante mi preadolescencia, mi madre enfermó gravemente y tuve que estar durante tres meses al cuidado de mi tío.

La peculiaridad era que mi tío, como tantas otras personas en aquella época, vivía en el propio lugar de trabajo, que no era otro que una institución en forma de internado para niños subnormales.

El lugar era una confortable casona señorial, rodeada de preciosos jardines, donde las familias adineradas recluían a los niños, con la excusa de que allí recibían el tratamiento adecuado, como si de una enfermedad se tratara, aunque la finalidad real era apartar de su vida social un elemento "Poco decorativo", ya que una familia verdaderamente elegante y con "Glamour", no podía tener un pobre tontito en casa.

El día que llegué, vi como jugaban formando un corro en el jardín principal, mi tío me explicó que desde hacía años jugaban en exclusiva a ese juego con apenas dos variantes.

Lo llamaban "El bote que te rulo". Consistía en formar un corro en el jardín, uno cualquiera de ellos se agachaba y tomando un poco de barro en la mano, lo untaba enérgicamente en la cara del que se hallaba a su lado mientras cantaba a plena voz: "Al bote que te rulo", hecho lo cual, todos se reían muchísimo durante varios minutos.

Al acabar "La víctima" repetía la operación con el de al lado, y así podían seguir durante horas, hasta que les llamaban a comer o cenar.

La única variante era "El bote que te rulo mojado", que se jugaba alrededor del estanque, con un vaso de agua en lugar de barro.

Nadie sabía quién había inventado aquel juego, ni porque lo llamaban así, pero a pesar de que se manchaban de barro o se mojaban, el director había dado instrucciones a los vigilantes, para que jamás les impidieran realizar su juego, porque con eso los tenía a todos juntos sin pelearse ni causar ningún estropicio, y además, a su manera, eran felices.

Cuando salí al jardín, me miraron sin dejar de jugar, imagino que esperaban que me uniera a ellos, y les sorprendió que siguiera mi camino hasta la pérgola del fondo.

Al cabo de un rato, uno de ellos me señaló, diciendo en voz alta "Madginado, madginado", y todos lo repitieron a coro durante varios minutos, luego se cansaron y continuaron con su juego.

Cuando llevaba varios días viviendo allí, una tarde que leía en la pérgola, uno de aquellos niños, con menor grado de subnormalidad que los otros, se acercó tímidamente, era de los que mejor me caía, porque independientemente de su discapacidad, me parecía muy buena persona, me miró en silencio durante un rato, y finalmente me dijo: "Oooye nene".

Levanté la cabeza del libro y le contesté amablemente: "Dime, dime, te escucho".

"Me da pena que tuuu... Tedebez abudid musho, podque como que no jugas al bote que te dulo....".

Me pareció estupendo que aquel muchacho, a pesar de su problemática, se preocupara por mí, así que con mi mejor sonrisa le dije: "Verás, ¿Quieres que te explique un secreto?",

"¿Un zequeto?, zi, zi me guztan loz zequeto?".

"Pues bien, la verdad es que yo soy un niño muy raro".

"Puez no padecez tan dado".

"Pero lo soy, imagina si soy raro, que me aburre jugar al bote que te rulo".

Me miró con ojos asombrados y dijo: "Uy, zi, zi que edez dado, podque el bote que te dulo ez mu divedtido, entoncez ¿Tú cómo te diviedtez?".

"Pues verás, hago lo que puedo, leo estos libros, me dedico a charlar con la hija del jardinero que es muy simpática, acompaño al barquero a pescar, o al carretero a comprar a las granjas o pueblos, me he fabricado un arco y unas flechas, y si no, me limito a contemplar el río desde esta pérgola".

"Pedo todo ezo ez mu abudido, tu vida debe zed hodible, ¡Póbe niño dado!, que pena me daz".

Y para corroborarlo, al pobre angelote le cayeron un par de lágrimas que trazaron surcos en los restos de barro que el juego había dejado en su cara, se fue retirando compungido, hasta llegar junto al grupo, durante un buen rato no jugaron, estuvieron hablando entre ellos y lanzándome miradas de lástima, luego reanudaron su juego, pero a partir de entonces me miraron con aire compasivo.

Recuerdo que una vez, doña Clotilde, la cocinera, me dijo: "Con todo el tiempo libre que tienes aquí, no te costaría nada jugar con ellos un rato para que se quedaran tranquilos".

"No doña Clotilde no puedo hacer eso, primero por una cuestión de dignidad, no voy a jugar a esa idiotez porque todos lo hagan, y en segundo lugar por principios, no debo burlarme de ellos haciéndoles creer que me

gusta, y tampoco entenderían que al cabo de un rato me marchara para hacer otra cosa".

"Bueno, tu verás lo que haces", me contestó por toda respuesta.

Mi tío, de vez en cuando, al pasar me decía con una sonrisa irónica: "¿No juegas al bote que te rulo?, pues te debes aburrir muchísimo", y yo a pesar del gran respeto que le tenía lo enviaba a paseo.

Al llegar a este punto, no pude por menos que interrumpir el relato del viejecillo y preguntarle: ¿Y te aburriste?.

"¡Que va!, en realidad la recuerdo como una de las mejores temporadas de mi vida, con la única sombra de la enfermedad de mi madre, que luego felizmente se recuperó, fíjate, allí me hice tan amigo de la hija del jardinero que con el tiempo, mis hijos y los suyos continuaron la amistad, y no pasa un año sin que vayamos a verlos, o vengan ellos aquí, y cuenta si han pasado años. Luego el director del centro me prestó su colección de libros de Julio Verne, el barquero me enseñó a pescar mientras me explicaba mil historias sobre los duendes del río, el carretero me llevó a todos los mercados, granjas y aldeas de la zona, y si no hacía nada de eso podía haber estado horas contemplando el río y los bosques desde la pérgola, además, acostumbrados a las limitaciones de los niños residentes, todo el mundo me trataba como si yo fuera algo extraordinario.

Sin embargo, te he de confesar que muchas veces tengo una sombra de tristeza cuando pienso ¿Que habrá sido de aquellos pobres niños que jugaban al bote que te rulo y se compadecían de mí?, y siento pena por todos ellos, encerrados en su pequeño mundo.

La guerra y la posguerra los habrán roto como muñecos, ¿Qué les habrá pasado cuando sus padres hayan muerto o simplemente no hayan podido pagar la elevada pensión de lujo?, nunca me he atrevido a indagar ni volver a ese lugar, porque intuyo que la historia de todos ellos no será como la mía que tengo hijos y nietos que me adoran, y aparte de algún achaque vivo como Dios, la suya será una historia muy triste.

FIN DEL RELATO DE MATÍAS

En este punto, detuvo su historia, dando un par de bocanadas a su pipa con la mirada perdida en la puesta de sol, seguramente se pasaba la película de aquellos tiempos, yo también aspiré el humo azulado de mi cachimba, y no pude por menos de trazar alguna similitud entre Matías de niño y yo mismo.

Pensé en la cantidad de gente cuya vida se limita al trabajo, el partido, la televisión, algún cotilleo, comer, dormir y poca cosa más.

Lo curioso del caso, es que algunas de esas personas, me compadecen o me miran por encima del hombro por el hecho de que me aburran el fútbol, baloncesto etc., deteste las corridas de toros y no vea la televisión.

Me sentí como un niño que lee a Julio Verne en la hamaca de la Pérgola, con la cabeza apoyada en su amiga, envuelto por el aroma de los jazmines, mientras millones de personas, más abajo, juegan al bote que te rulo.

FIN...